Miradas desde el género sobre una generación armada contra la dictadura: el caso del movimiento estudiantil secundario en Santiago de Chile (1980-1990)

Gender perspectives on an armed generation against the dictatorship: the case of the secondary school student movement in Santiago de Chile (1980-1990)

Javiera Velásquez Meza¹

Resumen: Este artículo aborda las experiencias de jóvenes mujeres y hombres pertenecientes al movimiento estudiantil secundario reorganizado contra la dictadura chilena, durante la década de 1980. A través de testimonios orales, reconocemos algunos conflictos subsumidos en el análisis estructural de la organización de enseñanza media. Observamos que, si bien el movimiento secundario actuó de forma integrada contra el enemigo común que era la dictadura, la dinámica interna puesta en perspectiva de género visibiliza tensiones subjetivas e intersubjetivas, materiales e ideológicas que afectaron no solo a mujeres, sino también a hombres, quienes a corta edad asumieron importantes compromisos políticos.

¹ Chilena. Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile. Correo: javiera.velasquez@usach.cl. Registro ORCID: 0000-0002-7436-7943. Este artículo formó parte de la tesis de Magíster de la autora, titulada “¡A la calle, compañeros!. Subjetivación política, movimiento estudiantil secundario y lucha armada contra la dictadura cívico-militar chilena (1980-1990)”, perteneciente al Proyecto Fondecyt No. 1190307 “Estalinismo y desestalinización: continuidad y cambio en las generaciones militantes de las Juventudes Comunistas de Chile (1956-1991)”, dirigido por el Dr. Rolando Álvarez Vallejos. Fue modificado para su publicación.

Palabras clave: Género – Movimiento estudiantil secundario – Dictadura chilena

Abstract: This article deals with the experiences of young women and men belonging to the reorganized secondary student movement against the Chilean dictatorship, during the 1980s. Through oral testimonies, we recognize some conflicts subsumed in the structural analysis of the high school organization. We observe that, although the secondary school movement acted in an integrated way against the common enemy that was the dictatorship, the internal dynamics put in gender perspective makes visible subjective and intersubjective, material and ideological tensions that affected not only women, but also men, who at a young age assumed important political commitments.

Keywords: Gender – Secondary student movement – Chilean dictatorship

Introducción

Durante la década de 1980, la dictadura cívico-militar encabezada por Augusto Pinochet en Chile comenzó a enfrentar las primeras formas masivas y públicas de reorganización social, tras años de acción soterrada de resistencia a la represión y los crímenes del régimen. Se rearticulaban diversos movimientos sociales y también partidos políticos de izquierda que abrazaron la lucha armada para terminar con la dictadura. Para esta investigación, aunque nos centraremos en dimensiones de la movilización social, los cruces entre ambas formas de hacer política se fueron forjaron paulatinamente en las experiencias de vida de nuestros protagonistas, quienes durante su enseñanza media asumieron importantes compromisos, impulsados por su “posición en la historia”. Nos referimos al Movimiento Estudiantil Secundario (desde ahora, MES) el cual salió a protestar a las calles junto a distintos actores organizados, desde las primeras “marchas del hambre” en 1982 y particularmente, en el contexto de las Jornadas de Protesta Nacional, a partir del 11 de marzo de 1983.

Los años venideros tras el golpe de Estado fueron telón de fondo para cientos de niños y niñas que vivían sus primeros años y formaban conciencia de mundo frente al terrorismo de Estado y en algunos casos, a las violaciones de derechos humanos en su entorno más próximo. Es en este contexto en que parte de esta generación se volcaría al cometido de derrocar a Pinochet durante los convulsionados ‘80, a través de todas las formas de lucha, incluida la armada y por ello el título de este artículo. Las *experiencias* de vida de estos jóvenes, que conformaron una particular “generación armada”, trazaron una parte de la historia de lucha contra la dictadura y constituyen el foco de nuestra investiga-

ción, por cuanto articula las dimensiones de análisis de la militancia social, la militancia política y la perspectiva de género. Para pesquisar estos elementos, la temporalidad analizada abarca la década de 1980 identificando hitos como el rol de la reforma educacional, impuesta por la Constitución Política de 1980, hasta el declive del movimiento y el término de la dictadura en 1990.

Las y los jóvenes que ingresaron a la enseñanza media durante esa década y apostaron por ser parte del movimiento estudiantil, cargaban con vínculos familiares, barriales, estudiantiles, entre otros, que fueron detonantes de determinadas elecciones que forjaron sus trayectorias de vida, constituyendo lo que el historiador argentino Gerardo Necochea (2013) llamó “procesos de politización”. Estos procesos consideran las implicancias de entornos familiares, condiciones materiales y socioculturales, la recepción subjetiva de ciertos factores, vivencias –directas o indirectas– de sucesos particulares, relaciones interpersonales con sujetos ya politizados, etcétera. Tales elementos nutrieron las experiencias de cada uno de estos estudiantes, marcando ciertas características generacionales e influyendo en sus devenires militantes, ya que además de ser miembros del MES, hubo algunos que canalizaron su móvil político hacia las filas de la izquierda revolucionaria de la época. Frente a todas estas aristas que complejizaron la subjetividad de estos actores, la categoría de género atravesó las dimensiones previas y creemos necesario plantear una relectura del MES desde esta perspectiva.

Dicho ello, resulta necesario también destacar las contribuciones teóricas de trabajos que han abordado desde una perspectiva de género la experiencia de mujeres militantes de organizaciones político-militares (OPM), como los de las trasandinas Alejandra Oberti (2015) y Ana Noguera (2019), cuyo punto en común reside en el análisis de la subjetividad desde el testimonio de las exmilitantes, lo que también resulta clave en este artículo. Pero además, creemos necesario mirar la dinámica de las relaciones de género, incorporando las vivencias de los varones. Coincidimos con Noguera cuando señala que la categoría de género nos invita a:

“analizar cómo el sistema *sexo-género* ha creado una compleja red de dispositivos discursivos, de prácticas, representaciones e institucionalidades, donde los sujetos –en el caso de este libro mujeres y varones– se ‘engeneran’. Y que, en tanto *relación social* está en permanente transformación, (re)definiendo permanentemente ‘lo masculino’ y ‘lo femenino’ y las expectativas y comportamientos considerados apropiados para cada uno de ellos. En este camino considero fundamental la recuperación de la *agencia*, de la dimensión política del género –y, por tanto, su vinculación con el ejercicio del poder–, como un elemento primordial al momento de historiar las experiencias subjetivas de mujeres y varones. Recuperar sus acciones y

cómo transformaron (o no) las *performances* de género, complejiza de manera creciente los análisis enfocados solo en la subordinación y opresión femenina” (p. 24).

En el plano local, las múltiples investigaciones de Tamara Vidaurrázaga resultan ilustrativas al respecto, pero particularmente interesante es el trabajo realizado en conjunto con María Olga Ruiz. En este, existe una propuesta clave que ayuda a una mejor comprensión de la experiencia secundaria que aquí veremos. Las autoras señalan que el *marco de sentido* de las organizaciones estudiadas (Movimiento de Izquierda Revolucionaria [MIR], Chile; Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo [PRT-ERP], Argentina; y Movimiento de Liberación Nacional–Tupamaros, Uruguay) resulta:

“indispensable para comprender cómo se refieren al ideal militante deseado y mandado, en tanto pase de ingreso para pertenecer al círculo de pares. Por esta razón, cuando nos referimos a cuerpos para armar, lo hacemos en un doble sentido. Primero, para aludir a una experiencia política que abrazó el camino de las armas como vía principal para conquistar el socialismo, y, luego, para señalar que la incorporación a ese proceso requirió transitar procesos de modelación y disciplinamiento corporal y emocional” (Ruiz y Vidaurrázaga, 2020, p. 3592).

Como señalamos, con esto queremos visibilizar la experiencia de género de los hombres, particularmente de aquellos que se insertaron en la lucha armada. Al respecto, la politóloga Luisa Dietrich (2014) refiere limitantes cuando aludimos la categoría de género para retratar solo las experiencias de las mujeres. Para el caso que nos atañe, los estudios de género respecto de la movilización social y la lucha armada, han dado lugar a:

“vivencias de mujeres combatientes, limitando la mirada sobre experiencias genéricas de hombres en organizaciones insurgentes. Explorar las voces de mujeres y hombres sobre las construcciones de feminidades y masculinidades dentro de la lucha armada e indagar activamente sobre las relaciones entre géneros son una ampliación necesaria” (p. 86).

También resulta importante conocer los contextos de las orgánicas donde militaron las y los jóvenes, comprendiendo en este marco sus experiencias y expectativas con la mirada que aporta la perspectiva de género. Dietrich indica que, al centrarse la tendencia de estudios de género a nivel de individuos, se ha relegado el análisis a nivel “institucional” (aquí, MES y OPM). En estos escenarios institucionales, las y los jóvenes conformaron su subjetividad militante, influ-

yendo en las dinámicas y relaciones de género establecidas. Según Dietrich (2014) “para captar la capacidad de agencia de las personas resulta indispensable incluir en el análisis las condiciones, oportunidades y limitaciones que se generan en el nivel institucional y tener claro en qué marco se desarrollan capacidades de agencia” (p. 86).

Por último, es preciso destacar la relevancia que tiene aquí la historia oral, la que busca reconocer la percepción subjetiva de los individuos respecto de los procesos sociales (Necoechea, 2013, p. 164) y de esta forma su aporte también radica en indagar otras aristas constitutivas de la subjetividad, como lo es el género. Es importante considerar que las pautas distintivas de la historia oral tienen relación sobre todo con el hecho de “disparar” la memoria para construir una fuente que aporte a lograr una comprensión más completa del proceso social (Pozzi, 2008, p. 6). Particularmente interesante resulta la historia oral como subjetiva e intersubjetiva, por cuanto refiere a visiones colectivas y/o generacionales, desde lo subjetivo, en las formas de recordar y los registros selectivos que se pueden hacer de ello. Para Julio Aróstegui (2004) la memoria se interpreta como un depósito y acervo de vivencias comunes, como un bien cultural de relevancia mayor, que inspira actitudes y aspiraciones reivindicativas a partir de hechos del pasado y por ello, vinculable con las identidades. Asimismo, la memoria (o las *memorias*, plantea el autor) se puede comprender como un *lugar común de reflexión social*, y que como toda fuente histórica debe estar sujeta a los requisitos metodológicos aplicables a toda fuente (p. 6).

Por lo señalado, y comprendiendo los desafíos metodológicos que supone enfrentarnos a un testimonio permeado por el contexto de realización de las entrevistas y la retrospectiva, aquí adquieren relevancia las fuentes primarias. Resulta importante el uso de materiales de difusión de las organizaciones políticas atendidas, a través de las que podemos observar quiebres y puntos en común con respecto al género desde sus militantes. En este caso, haremos uso de algunos números de *El Rodriguista*, *Basta* y *Rebelión*, para observar junto a las entrevistas, cómo impactaron las configuraciones de género en las OPM que, en alguna medida, se intentaron distanciar de estereotipos de la época, abriendo el debate interno sobre la situación del día a día desde el género, pero enfrentando prácticas que complejizaron la cotidianidad militante. Así, las entrevistas resultan primordiales para comprender los procesos de las y los jóvenes. Estas fueron realizadas por la autora de forma semiestructurada, siendo las y los entrevistados identificados exclusivamente por seudónimos elegidos por ellas y ellos mismos².

2 Cabe destacar que este artículo forma parte de una investigación sujeta a estándares de ética requeridos por la institución y proyecto de pertenencia.

A partir de lo expuesto, veremos de forma conjunta a través de dos apartados las experiencias de mujeres y hombres, primero en la organización secundaria, y luego en las OPM. Desde lo público y lo privado, observamos el rol de las mujeres y la experiencia de *ser mujer* tanto en la participación política y militar, como también de masas, en el movimiento estudiantil. Así también, los roles de masculinidades asignados y alimentados por un estereotipo en línea con *el guerrillero* a través del desarrollo adolescente que reafirmara un modo de *ser hombre* en la resistencia en Chile bajo dictadura.

¡A la calle, compañeros!³ Antecedentes del movimiento estudiantil secundario de los '80.

Como la totalidad de sus símiles organizativos de los otros sectores de la sociedad, la principal organización estudiantil de la enseñanza media, la Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago (FESES), también fue proscrita tras el golpe de Estado. A pesar de haber estado bajo importante tensión política interna hacia 1973 y habiendo perdido la izquierda la dirigencia de la federación⁴, de igual manera fue prohibida por medio del Artículo 12 del Decreto Ley N°741 del 25 de julio de 1974, el cual vetaba todo tipo de organización estudiantil fuera de las designadas y supervisadas por el Ministerio de Educación. De esta manera, los Centros de Alumnos pasaron a ser designados por la dictadura y también las principales autoridades del ámbito educativo, como directores o inspectores, escogidos entre civiles al servicio del régimen.

Bajo este contexto, es posible entender el proceso de reorganización del MES, enmarcado en primera instancia en rearticular espacios autónomos, libres de intervención buscando democratizar la educación. Pero el factor clave en la efervescencia del renaciente movimiento secundario de la década de los 80, llegó con la instauración de la Constitución Política de 1980 y la reforma educacional, que disponía –entre otros elementos– la “descentralización” de la educación, dando lugar al proceso de municipalización de la enseñanza. Así mismo, la libertad de enseñanza se transformó en un tópico de discusión, puesto que permitía la privatización de los servicios educativos y el surgimiento de otros tantos sobre la competitividad privada. A ello se sumó la eliminación del rol interventor del Estado y la entrega de la responsabilidad principal en torno a la educación

3 Al grito de “¡a la calle, compañeros!”, las y los otrora secundarios recuerdan el inicio de las protestas de la enseñanza media por la Alameda, arteria central de Santiago. El documental *Actores secundarios*, de Pachi Bustos y Jorge Leiva, ex miembros del movimiento, retrata estas expresiones que, a viva voz, movilizaban a cientos de estudiantes por el espacio público.

4 Al respecto, ver Rojas, J. (2009). Los estudiantes secundarios durante la Unidad Popular, 1970-1973. En *Historia* (n°42), 471-503.

pública a los municipios como nuevos administradores, lo cual redundó en el aumento de la desigualdad.

A pesar de la movilización y resistencia, no solo de estudiantes, sino que también de profesores y apoderado, el proceso de municipalización culminó en 1986 validando la privatización, la competencia y el lucro en la educación. A pesar de ello, la municipalización se transformó en un punto de inflexión en la movilización secundaria, siendo una de las demandas sectoriales más importantes en el desarrollo del MES, sin descuidar las demandas políticas que a poco andar comenzaron a crecer, en el marco de las protestas nacionales desde 1983.

Hacia fines de la década de 1970 y comienzos de 1980, de acuerdo con el periodista y ex miembro del MES, Juan Azócar (2016), la rearticulación secundaria encontró sus primeros atisbos en el Coordinador Estudiantil de Actividades Solidarias (CEAS). En entrevista con el autor, Ercides Martínez⁵ señalaba que el trabajo del CEAS desde la clandestinidad “se hizo en forma unitaria con estudiantes del resto de las juventudes de la UP⁶ y también con el FER⁷, permitiendo activar redes de resistencia en prácticamente todos los liceos fiscales de la zona norte de Santiago” (Azócar, 2016, p. 46). El CEAS, donde existía marcada presencia de las Juventudes Comunistas (JJCC), fue el primer germen del movimiento secundario, abriendo camino al proceso de reorganización y maduración orgánica que el movimiento viviría en los años venideros, desde las bases hasta la federación.

Entre 1981 y 1982 se comenzaron a conformar los Comités Democráticos (CODE), bases de organización en respuesta a los Centros de Alumnos designados y antecedente directo de la estructuración orgánica alcanzada posteriormente. La difusión de los CODE por establecimiento propició la coordinación con otros liceos de sus sectores, surgiendo cuatro zonales: el Frente Unitario Democrático de Enseñanza Media (FUDEM) en la zona centro, la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en la zona oriente, el Movimiento de Estudiantes Democráticos (MED), en la zona norte y la Organización Democrática de Estudiantes Secundarios (ODES), en la zona sur. Estos zonales se agruparon en 1984 dando origen

5 Martínez fue responsable de enseñanza media del Regional Norte de las Juventudes Comunistas en clandestinidad.

6 “Unidad Popular”, coalición de partidos políticos agrupados en el marco de las elecciones de 1970, dando el triunfo a Salvador Allende.

7 “Frente de Estudiantes Revolucionarios”, frente de masas surgido entre 1966 y 1967 como alternativa estudiantil del MIR, en el marco de la creación de “frentes intermedios”, como el FER, además del Movimiento Universitario de Izquierda (MUI), el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), el Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR) y el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR).

a la Coordinadora de Organizaciones de Enseñanza Media (COEM), vinculada principalmente a partidos de izquierda como el MIR, la Juventud Socialista (JS), la Izquierda Cristiana (IC), el MAPU-Lautaro (específicamente, brigadas del Movimiento Juvenil Lautaro [MJL]) y por cierto las JJCC, entre otros. Al restarse la Democracia Cristiana (DC), la ideología predominante del COEM se asoció a la de la oposición “más dura”. Al respecto, Rolando Álvarez (2014) señala:

“en los hechos, los CODE se transformaron en Asambleas de Izquierda, porque desde sus inicios la Democracia Cristiana se restó de participar en ellos. Las diferencias a nivel nacional, se reprodujeron en el movimiento secundario, provocando que la DC buscara crear sus propios espacios de participación. Por este motivo, en los CODE participaban militantes e independientes de izquierda, y en general los jóvenes con posturas políticas radicales” (p. 175).

Pero sorteando diferencias antes que los partidos “adultos”, en 1985 el COEM se unió a la Agrupación Secundaria de Estudiantes Cristianos (ASEC), vinculada a la DC, dando lugar al Comité Pro-FESES, en clara alusión a la proscrita orgánica. Como Pro-FESES realizaron importantes acciones, como la afamada toma del Liceo Arturo Alessandri Palma, “la toma del 12”, el 10 de julio de 1985⁸. Solo un año más tarde se organizaría el Primer Congreso de la FESES, resurgiendo entonces la federación secundaria⁹. Muy lejos de la clandestinidad, paulatinamente, la federación fue adquiriendo el reconocimiento de actores movilizados y también de la propia dictadura, lo que costaría incluso importantes detenciones de algunos de sus dirigentes, como fue el caso del entonces joven militante comunista y estudiante del Liceo de Aplicación, Juan Alfaro. Como movimiento, la enseñanza media formó parte del abanico de actores que protestaron en contra la dictadura tomándose el espacio público y trabajando por reproducir la federación en otros

8 La toma del Liceo N°12 fue una de las acciones más mediáticas y de mayor impacto político del MES de los '80. La toma se extendió por casi cinco horas, lo que bajo condiciones de dictadura resultaba bastante. Al estar organizada por el Comité Pro-FESES, acudieron a la acción centenares de estudiantes de múltiples liceos y colegios de Santiago. Terminó con el desalojo por parte de Carabineros, quienes detuvieron a 315 secundarios, algunos de ellos siendo procesados por la justicia de la época. Otros tantos de los que pertenecían al liceo fueron posteriormente expulsados del mismo. Además, la toma del Liceo Arturo Alessandri Palma tuvo importantes repercusiones, como el anuncio del entonces Ministro de Educación, Horacio Aránguiz, sobre el cierre inminente del liceo, lo que no se concretó. Al contrario, días más tarde, Aránguiz presentó su renuncia a la cartera, siendo uno de los primeros ministros en dejar su cargo producto de la movilización social.

9 Para profundizar en el proceso de reestructuración orgánica del MES de los '80, ver Juan Azócar, *La rebelión de los pingüinos: apuntes para una historia del movimiento estudiantil secundario en dictadura*, pp. 111-145. Se sugiere el mencionado documental *Actores secundarios*.

puntos del país¹⁰. Pero este crecimiento no sería casual e iba de la mano de procesos de politización en alza y una suerte de perfeccionamiento de sus militantes. Porque bien vale destacar, en este escenario del MES existió una dinámica bidireccional en las prácticas e ingresos militantes: por un lado, de la mano de jóvenes estudiantes que militaban en distintas organizaciones y que sirvieron de nexo para muchos otros jóvenes que buscaban formas de actuar contra la dictadura. Por otra parte, muchos estudiantes que potenciaron el crecimiento de ciertas orgánicas, posibilitaron la formación de bases, brigadas u otras estructuras en el frente secundario.

El traslado de la militancia territorial a la secundaria o la formación de estructuras dispuestas para congregar militantes al interior del MES, posibilitó el crecimiento de algunos partidos. En ese sentido, la hegemonía fue sin duda de las JJCC, movilizando instancias propias para el impulso de las estructuras de enseñanza media. En este contexto, la Dirección Regional de Enseñanza Media (DREM) fue crucial, ya que daba amplia ventaja política a las JJCC. La principal labor de la DREM era justamente la de llevar a jóvenes “jotosos”, que militaban en otros espacios –principalmente territoriales–, a militar y formar, de ser necesario, bases en sus lugares de estudio, acrecentando las filas militantes de la “Jota” secundaria. Más tarde, este sería uno de los primeros conflictos por el recelo y cuoteo político que significaron al alcanzar la federación.

Con todo, la coexistencia de las fuerzas políticas de izquierda posibilitó la discusión entre jóvenes con diferentes militancias y orígenes, lo cual potenció visiones ideológicas más radicales que las aplicables en la medida de un frente como el secundario, agudizando los procesos de politización, movilizadas por la necesidad urgente de terminar con la dictadura. Bajo tal prioridad imperativa, las y los secundarios se relacionaron con un horizonte social en común, en mira al futuro a construir.

El MES, la dirigencia y el espacio público: una cuestión de género.

La reorganización del MES impactó poco a poco en el espacio público, copando las calles de diferentes ciudades, donde las imágenes y los medios exponían por igual a mujeres y hombres. Dirigencias públicas y bases del movimiento eran uno, así como también se imbricaban las múltiples militancias en una masa homogénea. De acuerdo con los testimonios, una de las primeras tensiones evidenciadas durante la época entre las y los jóvenes, surge de los ejercicios de

10 En este sentido, a través de los trabajos voluntarios y otros viajes fuera de la Región Metropolitana, se forjaron lazos y crearon redes con otros jóvenes, cuyo propósito era levantar las federaciones secundarias.

poder al interior del movimiento. Un asunto indiscutible fue que las principales dirigencias *públicas* de la época recayeron principalmente en hombres. Si bien existieron algunas mujeres a la cabeza de la movilización y vocería pública, puesto en comparativa, la cantidad se reduce dramáticamente. *Chica*, a la sazón militante de las JJCC y estudiante del Colegio San Agustín de Ñuñoa, fue una de ellas e indica:

“Claramente, yo miro pa’ atrás y era un terreno mucho más de hombres (...) Entre muchos cabros dirigentes, estaba yo y otra cabra socialista, pero los demás puros hombres (...) ahora bien, yo no podría decir que fui tratada distinto por ser mujer, pero sí sentía una dificultad por el hecho de ser dirigente mujer (...) siento que los espacios teníai’ que ganártelos y estar ahí un poco peleando el trono, entonces siento que yo estaba, pero no la llevaba, en ningún caso... y de hecho, por eso como que yo misma cedía el espacio a mis compañeros (...) éramos muchas mujeres dirigentes en otros ámbitos, quizás no públicas, pero sí en sus distintos espacios cada una. Habíamos muchas mujeres, más allá de los compañeros que tuvieron más visibilidad” (Entrevista con *Chica*, septiembre de 2020).

Tamara, estudiante del colegio Compañía de María de Providencia, coincide en esto, habiendo sido militante de base y más tarde, encargada media de las JJCC secundarias. Señala:

“Cuando yo entré a mi base, obvio eran puras mujeres, porque éramos colegio de monjas (...) tenía relaciones políticas más con mujeres. Y después en el regional que me tocó estar también, eran puros hombres y yo... pero como yo era la más chica, no hice la asociación con género, la distancia principal que una sentía era la edad, yo era una pendeja con toda esta gente adulta del regional (...) más encima, los dirigentes públicos eran puros hombres. Y una mujer... si tú ves *Actores secundarios* salen casi puros hombres y ella. En términos públicos. A nivel interno había más mujeres, pero en general todo era súper masculino... y más todavía pa’ la cuestión armada” (Entrevista con *Tamara*, julio de 2020).

Alicia también militante de las JJCC e itinerante de distintos liceos entre Maipú y San Miguel, concuerda con las percepciones de *Tamara*, aun habiendo ingresado al MES unos años más tarde que las entrevistadas anteriores. Señala:

“En la FESES era muy notoria la cantidad de dirigentes hombres, más hombres que mujeres, dirigentes públicos, casi exclusivamente diría yo. Los grupos de acción más radicales entre cada una de las orgánicas, los que

armaban las barricadas, los que hacían todo eso, en general, estaban más compuestos por hombres que por mujeres. ¡Pero había mujeres, claro! A todas nos tocó hacer alguna de esas tareas alguna vez. Yo creo que nadie podría decir que había discriminación *a priori*, pero se tendía a dar una discriminación general más que una discriminación explícita, como en las dirigencias (...) por lo mismo yo creo que uno se acuerda de las mujeres que estaban en tareas más osadas, porque eran las que destacaban” (Entrevista con *Alicia*, julio de 2020).

Sergio, estudiante del Liceo Alemán de Recoleta y miembro del FUEDEM, comparte estas reflexiones a partir de su propia experiencia en el MIR:

“A mí me pasó en la cosa estudiantil que rápidamente vi más mujeres que hombres, y eso me llamó *harto la atención*, participaban bastante. Bueno, al menos del FUEDEM que estaba el Liceo 1, claro. Pero en general, yo diría que participaban bastante las compañeras, muy colaboradoras, no recuerdo alguna situación de decir ‘oye, que las mujeres no hagan esto’ (...) en el espacio estudiantil, pronto pa’ mí fue normal, recuerdo que en las dirigencias participaban *hartas* compañeras. No sé, en un ejecutivo de nueve personas, cuatro al menos eran mujeres, entonces en ese aspecto era más participativo. No pa’ afuera, en las dirigencias públicas, ahí sí era distinto, muy pocas compañeras públicas” (Entrevista con *Sergio*, julio de 2020).

El recuerdo de *Sergio* coincide con la menor presencia de mujeres en dirigencias públicas y un número mayor en dirigencias internas, ya sea en los espacios secundarios, o de las organizaciones políticas. Uno de estos casos fue el de *Emilia*, expulsada del Liceo N°12 tras la toma y luego estudiante del Liceo Lord Cochrane, quien tras un periodo de fallida militancia en las JJCC, la cual no sació sus expectativas, ingresó al MJL, llegando a ser encargada de una brigada secundaria. Así mismo, tomó responsabilidades en el sector poblacional vinculado a su organización, por lo que, cotejando ambas experiencias señala:

“Yo creo que había complejidad –me tocó vivirlo– con las jefaturas, con los liderazgos... a mí me pasaba que lo que un compañero decía en tres palabras, para que a mí me pescaran tenía que decir quince, veinte. Y justificarme y mostrar que yo también podía... pero eso era mucho más en los secundarios (...) a diferencia de lo que uno pudiese pensar de la gente que militaba en la población, yo diría que los secundarios eran mucho más machistas pa’ los liderazgos. O sea, si era un hombre el que nos mandaba, bien. Ya, ‘pero, ¿una mujer? A ver, muéstrame que te la podís y después te hago caso’. Al final lo hacían, era una organización vertical y le tenía que hacer

caso a tu jefe, pero teníai que ganarte ese espacio. En los sectores poblacionales nunca me pasó eso” (Entrevista a *Emilia*, diciembre de 2020).

Chica y Emilia mencionan la dinámica de “ganar el espacio”, incluso cuando fueran militantes de dos organizaciones diferentes como las JJCC y el MJL, desde el liderazgo público social y la jefatura interna político-militar. Más allá de las dirigencias, *Julieta*, del Liceo N°4, Isaura Dinator de Guzmán, también ingresó a una brigada secundaria del MJL tras haber visto frustrada su militancia en la JS, recuerda haber vivido una particular situación, habiendo sido ella y un compañero involucrado militantes basales, sin jefatura ni del MES, ni Lautarina. Señala:

“Cuando entré al Lautaro, me metí a una brigada secundaria donde habíamos puras mujeres, ‘la brigada de las minas’ nos decían (...) y aunque éramos un valor, que éramos mujeres y teníamos ese espacio y éramos secundarias haciendo barricadas... fue coincidencia. Fue como ‘oye, hay siete cabras secundarias que entraron, ¿juntémoslas?’. Sería más práctico, no sé... porque éramos todas de distintos lados, estábamos en el COEM y ahí nos juntaron (...) en mi reflexión fui una igual, por acción y participación. Pero me acuerdo de un compañero que hizo una pataleta porque a mí me habían pasado un fierro mejor que a él pa’ una marcha o algo (...) lo tengo súper claro y fue como ‘ay, este hueón qué se cree’. En ese momento no me sentí atacada particularmente por ser mujer, pero decía ‘si yo hubiera sido hombre, él no habría dicho tal’ (...) Accionábamos por igual, en los secundarios y, en mi caso, Lautaro, pero en mi experiencia en ambas, el protagonismo estaba en otro lado” (Entrevista a *Julieta*, septiembre de 2020).

El testimonio de *Julieta* retrata asuntos interesantes de ver en torno a las relaciones de género en el espacio secundario y las OPM como instancias institucionales. El simbolismo de la mujer metralleta, que para el MAPU-Lautaro podría sugerir una aparente lectura más proclive a un rol rupturista de las mujeres, es cuestionada por *Julieta*:

“Con un antiguo compañero del Lautaro estábamos hablando del feminismo y el hueón me dice ‘no, si igual el Lautaro era súper machista, ¿por qué en todas las imágenes rebeldes sale la mona mostrando las tetas y no un hueón en pelota?, ¿era machista la hueá!’, pero hace veinticinco años atrás nosotros no teníamos incorporado eso” (Entrevista a *Julieta*, septiembre de 2020).

Aquí es imprescindible guardar cuidados propios de la contextualización. Esto ya que las preocupaciones urgentes y los alcances socioculturales de la épo-

ca no propiciaron un análisis crítico y acucioso de género, aun cuando existiera en alguna medida la presencia de movimientos feministas en Chile, cuya consigna de “democracia en el país y en la casa”¹¹ reflejaba la necesidad de cuestionar las relaciones político-afectivas, a partir de la lucha contra la dictadura.

De todas formas, aunque en la práctica fue dificultoso y los testimonios lo tensionan, en este escenario epocal algunas organizaciones políticas intentaron potenciar el rol de las militantes. Por ejemplo, al caso del MAPU-Lautaro, habría que agregar la lectura de las JJCC sobre la presencia de las mujeres militantes, donde ya en 1980 se destacaba el rol de la mujer, más allá de pertenecer o no a las filas comunistas. Un saludo conmemorativo por el Día Internacional de la Mujer publicado en la revista *Basta*, editada por las JJCC, señalaba:

“«...las mujeres del pueblo, las trabajadoras más conscientes no pueden ser doblegadas y es así como este año, más que ningún otro, se reunieron en actos preparatorios donde se dialogó acerca de los problemas que las afligen (sic) y se comprometieron a luchar en conjunto con sus compañeros contra el mal que es común: la dictadura de Pinochet». (*Basta*, N°8, marzo-abril de 1980, p. 6).

Al alero de “sus compañeros”, las mujeres también se sumían en la necesidad más inmediata: el fin de la dictadura. La revista *Rebelión* (R), también editada por las JJCC, publicó una entrevista a una de sus militantes identificada como “Carola” (C). Esta joven de la Universidad de Chile destaca la Coordinadora de Mujeres de Chile, surgida en la misma casa de estudios, en paralelo a las protestas contra el rector designado por la dictadura, José Luis Federici, en 1987. Resulta interesante observar que en estos dos espacios de diferentes formas de politización y desarrollo orgánico, como liceos y colegios frente a universidades, se reproduce la dinámica respecto en torno a las dirigencias, al menos públicas.

“R.: Pero entonces también debe haber una manera especial de ser de los hombres, y no hay una coordinadora de hombres...”

C.: Claro, porque ellos están mucho más representados en la FECH, casi todos los presidentes de carreras son hombres. Y ellos no toman en cuenta las reivindicaciones específicas de las mujeres, ni sus capacidades. Entonces

11 “Democracia en el país y en la casa” (también “democracia en el país, en la casa y en la cama”) fue una de las consignas del movimiento feminista de los ‘80, difundida desde las primeras protestas nacionales. Entre algunas de las protagonistas del movimiento se encuentran las organizaciones Mujeres por la Vida y MEMCH ‘83 (en alusión al movimiento sufragista de 1935 Pro-Emanipación de las Mujeres de Chile, MEMCH).

la Coordinadora también trata de integrar más a las mujeres al trabajo de la FECH (...) pensamos que mediante la vocalía podemos ganar más espacios porque la Federación no contempla los problemas específicos de la mujer, de los anticonceptivos, o las garantías para las madres o las embarazadas...”. (Rebelión, N°13, diciembre de 1988, p. 19).

Así vemos cómo la dinámica de los liderazgos se replicó en otros espacios estudiantiles, como eran las universidades. De esta manera, surgieron grupos de mujeres organizadas buscando equilibrar esta situación, con una especial carga de reivindicaciones propias, como deja ver la respuesta de “Carola”, evidenciando que se dio lugar a tales asuntos. En el caso de las secundarias, esta situación se vivió especialmente en casos de jóvenes lautarinas que estaban más próximas a lecturas de la organización, como el “sexo nuestro” y que realizaron recuperaciones de pastillas anticonceptivas y condones, posteriormente entregados entre las secundarias, independiente de su militancia política.

Por su parte, la publicación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), *El Rodriguista*, hizo hincapié en algunos de sus números en el rol de la mujer contra la dictadura. Uno de ellos, cuya autoría recae en “Margarita Pizarro”, señaló:

“...A nuestro juicio la participación de la mujer hoy en los cambios radicales, no es un derecho, es un deber (...) Saludamos la integración de la mujer a las filas del F.P.M.R. y sus Milicias, ubicando el papel de la mujer Rodriguista, en el centro mismo de las grandes tareas por la Liberación Nacional (...) a la mujer combatiente que hoy codo a codo con sus compañeros y hermanos de lucha recorren la calle de nuestra Patria llevando el grito de rebeldía...”. (El Rodriguista, N°30, marzo de 1988, pp. 38-40).

De la misma forma que el FPMR destacó la presencia de mujeres rodriguistas en las filas armadas a través de sus órganos de difusión, también en el caso de las jóvenes comunistas se intentó potenciar su presencia, como hemos visto, a través de la propaganda y también en todos los frentes, incluido el secundario. Como señalaba *Chica*, ella no percibió un trato diferente, al contrario:

“...desde la Jota me impulsaban a que hiciera cosas. Y me gustaba, creo que lo hacía bien en términos de convocatoria, de habilidad para hablar o poner temas, yo creo que sí esa era una habilidad mía y la Jota le sacaba partido, porque recuerdo que era importante tener dirigentas mujeres, creo que en eso la Jota fue un poco visionaria... se puso ese tema y creo que pasó, al menos a la interna. Mi problema iba más por un asunto de sensaciones

en los secundarios, frente a mis compañeros dirigentes (...) aunque yo con mis compañeros iba a la par, es cierto, pero también había algo como de protegerme. En las marchas me ponían guardaespaldas, siempre hombre, y me decía ‘vamos por acá’ o qué sé yo. Sí, también pasaba por ser dirigente público, pero al dirigente público hombre, no le ponían guardaespaldas. *Y los cabros de protección tenían que asumir nomás la tarea encomendada, como fuera*”. (Entrevista a *Chica*, septiembre de 2020).

Alicia señala que al interior del MES y de las OPM “...operaba la cultura del país, en general. Así que, por ejemplo, se esperaba que los hombres fueran más osados y por lo tanto, siempre les tocaban las tareas más osadas y tenían que actuar nomás, acatar como militantes revolucionarios” (entrevista a *Alicia*, julio de 2020).

De esta manera, es posible identificar una de las primeras evidencias sobre el ideal revolucionario que recae sobre jóvenes hombres militantes, cuyas construcciones ideales de militancia armada desbordarían en ocasiones las vidas cotidianas y el plano privado de algunos militantes secundarios. En este caso, interviniendo en lo esperado de los hombres y lo asumido de las mujeres, agudizando apuestas sobre los roles que deberían haber sido. *David*, también expulsado del Liceo N°12 tras la toma y recibido por el Liceo Lord Cochrane, el cual ingresó al MJL en la enseñanza media tras un breve periodo de militancia en la JS, señala:

“Yo creo que nosotros como secundarios y sobre todo en la parte de las organizaciones que practicaron la lucha armada, también había mucho machismo encubierto. Y como en la media estábamos mirando El Salvador, Nicaragua, Cuba, Fidel, los milicos revolucionarios y se mezcló con la izquierda de los secundarios y todo esto, tenía’ que ser el milico recio, que hace ejercicio, es guapo, el guerrillero varonil, gallardo, barbón, musculoso con la camisa abierta (...) nuestra estética aspiraba también al del guerrillero “sensualizado”. Pero a la del guerrillero varonil, no a otro. Cómo te digo... no era Lemebel, era el Che, recio. Nadie quería ser como Lemebel, queríamos ser como el Che”. (Entrevista a *David*, julio de 2020).

Al respecto, el impacto que tuvo la noción de “hombre nuevo” en las dinámicas de género, desde lo corporal hasta lo ideológico, resultó esencial en las expectativas de los roles masculinos. Principalmente vinculada a la visión de Ernesto “Che” Guevara, el hombre nuevo fue parte también del bagaje subjetivo de experiencias de los jóvenes secundarios. El hombre nuevo debía ser aquel que permitiera derribar las antiguas (tras el triunfo de la revolución cubana) barreras del capitalismo y alcanzar el comunismo. Señalaba en una de sus cartas que “la

base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. *Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo*” (Guevara, 2011, p. 8). Esta visión resultó sumamente inspiradora para quienes se formaban en la militancia social y política, permeando, como ya señalamos, dimensiones desde lo material hasta lo subjetivo, desde lo corporal a lo ideológico. Así, tiene sentido comprender las dinámicas vividas en torno a una mística revolucionaria, albergada en múltiples instancias de sociabilidad de esta generación, lo que por supuesto trascendió las relaciones de género. *Fernando*, estudiante del Liceo Industrial Chileno-Alemán y militante de las JJCC, Milicias Rodriguistas y Comités de Autodefensa de Masas (CAM) señala:

“Bueno, nosotros teníamos que estar preparados (...) una vez la Jota organizó un paseo a la cordillera, que no era un paseo, sino que era una forma de entrenamiento paramilitar donde fuimos casi puros hombres, creo que más de las Milicias... había mujeres, no me acuerdo bien... pero una de las cosas era tener una buena resistencia física... *y lo tenía que lograr po', sí o sí*”. (Entrevista a *Fernando*, junio de 2020).

Milico, quien compartía lugar de estudios y militancias con *Fernando*, describe este entrenamiento a raíz de las jornadas de acondicionamiento físico organizadas tras su regreso del servicio militar y relata:

“Me acuerdo que después empezamos a hacer campamentos los fines de semana (...) y había chicos de 16, 17 años que... su máximo conocimiento era como *boy scout* y se sentían súper grandes, uno les enseñaba cosas y todos contentos, había una mística fuerte. También llegaban algunas niñas que eran por sobre todo mucho más esforzadas, mucho más responsables muchas veces, porque ponían el doble de esfuerzo a todo, a la preparación y al acondicionamiento. Después ellas cuando participaban en las marchas, estaban integradas a los grupos de defensa, iban al choque...” (Entrevista a *Milico*, junio de 2020).

Los testimonios narran situaciones de mayor complejidad para las mujeres en aspectos políticos de masas y militares. Cuando las y los entrevistados señalan que el espacio “había que ganarlo” o que algunas mujeres se “esforzaban el doble”, se evidencia cómo en la práctica se intentó resquebrajar los cánones binarios estipulados a los roles de género que tensionaron a mujeres y hombres, aunque en el discurso existan aún cargas implícitas que denotan algún grado de paternalismo de *los compañeros* por sobre *las compañeras*, y cuando en las prácticas cotidianas esto fuera un hecho. También se ve una “masculinización”

de las mujeres militantes en dos aspectos: sobre rasgos psicológicos o comportamentales que históricamente se han concebido como propios de los varones, especialmente, en torno a las instancias de conflicto armado; y respecto de la corporalidad misma de las y los militantes. Características físicas y psicológicas se enfrentaron a la masculinización de los espacios en que se insertaron mujeres y hombres, conflictuando conformaciones identitarias que se pudiesen establecer a partir de las relaciones de género.

Ciertamente, la situación del momento no cuestionó la incorporación cultural de estos tópicos, por lo que si en la superficie organizacional se plasmó alguna relevancia sobre el rol de las compañeras militantes, al menos en el discurso, la apropiación efectiva de ello en la subjetividad política, requeriría otras experiencias. A través de determinadas formas de vinculación entre pares, intra e interorgánicas, los tópicos de la politización alcanzaron las vidas privadas de las y los secundarios.

Entre la movilización social y la revolución de lo privado.

La experiencia de las y los jóvenes del MES se nutrió de factores que potenciaron su subjetividad y trayectoria militante. Al constituirse lo político y lo militar como elementos centrales en sus vidas, estos se instalaron en todos los aspectos que rodearon sus adolescencias, desde parámetros sociales y culturales, hasta asuntos privados y afectivos. Es aquella experiencia la que abordaremos ahora, observando la configuración de lo privado a partir de las relaciones de género establecidas entre pares de un espacio común como el MES y según correspondiera, también la organización política. De muchas maneras, estas dinámicas tuvieron lugar en los espacios de sociabilidad que siempre mantuvieron un riguroso clima militante. Uno de los primeros indicios de esto resultaba bastante claro y tenía relación con la necesidad de establecer vínculos sentimentales –de diverso carácter– con miembros de la misma juventud política perteneciente y, lo que no es menos importante, *solo en caso de tenerlos*. Víctor, estudiante del Colegio San José de Calasanz y militante de las JJCC, Milicias Rodiguistas y CAM recuerda de forma tajante:

“Yo nunca pololeé con cabras de la Jota, no. ¡Menos de otro lado! No, ¡yo era compuesto total! Nunca se me pasó por la mente decirle algo a una compañera que me gustara, por ningún motivo, nada. Y siempre nos decían que las compañeras que teníamos nosotros en la zona oriente eran las más bonitas... pero no, nunca. Me gustaban algunas pero me hacia el hueón, nunca tomé la iniciativa en nada, jamás se me ocurrió hacer algo (...) mi vida era la militancia” (Entrevista a Víctor, junio de 2020).

Fernando reflexiona:

“Siempre me gustaron algunas compañeras, pero no tenía polola en ese tiempo. Porque era muy tímido y no me atrevía a hacer mucho... y pensaba que establecer vínculos así podría ser peligroso, a pesar que igual tenía amistades y todo (...) pero obviamente, a uno que es adolescente, le van gustando personas a medida que las va conociendo y –en mi caso– como primaba esta cosa de la moral comunista, no me podía gustar alguien que fuese de un bando contrario o de una situación política totalmente distinta. Y porque en general, había como estadios en los cuales uno se podía mover. Entonces siempre tenía que ser alguien afín porque si no también había como un castigo social por eso (...) pero en general, los pololeos que yo conocía al menos, eran bastante informales... en el sentido que había pocas parejas que podría decir eran como pololos permanentes, con una relación de mucho tiempo, eran pocos. En general, eran relaciones cortas... después estaban con otra persona pero no era como algo tan sólido, salvo algunas personas...” (Entrevista a *Fernando*, junio de 2020).

Alicia indica que se dejaron ver “ciertas actitudes” en torno al tipo de relaciones mencionadas por *Fernando* y sus características, provocando comentarios que tuvieron lugar de forma transversal a las juventudes políticas correspondientes. Indica:

“Me acuerdo –a nivel de la media completa, del partido que fueran– por ejemplo, que cuando los cabros se pasaban de una polola a otra, muy común, te podía’ enojar con ellos nomás y si es que... pero finalmente quedaban súper bien parados, hasta los vanagloriaban sus amigos. Pero si una cabra tenía varios pololos... o si no tenía pololo y pinchaba con distintos cabros en cada fiesta, era un pelambre inmediato, con ribetes absolutamente machistas (...) a nivel central tampoco te iban a decir algo... había cosas más importantes yo creo. Cuando quedaba la embarra’ porque este se metió con Juanita que estaba pololeando con otro y no sé qué... en la media, que había harta Jota además, claro que todo el mundo se enteraba. Pero no recuerdo haber sabido de amonestaciones por eso (...) en la generación de mis papás y pa’ atrás, yo creo que la estructura se metía más en esto, no con nosotros” (Entrevista a *Alicia*, julio de 2020).

Aunque las experiencias de las y los jóvenes comunistas distaron bastante de haber confeccionado, por ejemplo, alguna suerte de código normativo sobre mo-

ral revolucionaria en sus filas militantes¹², en la práctica se reprendieron ciertas actitudes en mayor o menor medida ya fuera a través de la interpelación directa jerárquica o del reproche social. Podemos reconocer de qué manera lo privado se tornó más susceptible de reprensión social e incluso política, con mayor alcance en el caso de las jóvenes mujeres militantes, en ocasiones, aludiendo a la necesidad de “pasar desapercibidas” por razones de seguridad. En un escenario similar, Ana Noguera (2019) señala que esto “no permitía cuestionar la naturalización de los roles asignados a cada género, instalados socialmente y también en la militancia. En tono de broma, algunos nominaron esta postura como ‘machismo-leninismo’” (p. 327). Contrario a la experiencia de *Alicia, Tamara* recuerda haber sido amonestada por su comportamiento en una fiesta donde cometió lo que ella denomina un “acto rebelde” y bailó canciones de Los Prisioneros, considerada música comercial, fuera de la cultura de izquierda. Reflexiona:

“Yo creo que las cuestiones morales eran pa’ las mujeres y no pa’ los hombres (...) igual los jotosos eran remachistas también, en general. Entonces, por ejemplo, nosotras que éramos una base de colegio de monjas, los demás cabros, hombres, nos decían ‘ay, las compañeras María, que son pacatas’ y cosas así (...) después de esa fiesta entonces, esa vez me llegó el reto, el que más recuerdo porque me desconcertó (...) después de la reunión, no me acuerdo, pero venía tu jefe y te decía ‘¡pero compañera!... esto y esto’ y te daba un discurso moral. Incluso entre las mismas compañeras de base me tocó a mí por lo menos, la vigilancia de pares también estaba y algunas eran súper moralinas. La que me metió a la Jota era como reina moral (...) muy compuesta y como todo lo que esperai’ de una niña de las monjas... pero de izquierda”. (Entrevista a *Tamara*, julio de 2020).

En relación con lo señalado por *Tamara*, es preciso considerar que como diferentes testimonios han señalado hasta ahora, el despertar sexual propio de la adolescencia significó la búsqueda de nuevas experiencias e interrogantes, muchas de ellas respondidas o al menos comentadas entre pares, lo que tampoco quedaba exento de otros comentarios. Según *Chica*:

“...de sexualidad, como secundarios, hablábamos mucho. Dudas, preguntas, conversaciones con amigas, amigos... saber si alguien había pasado tal cosa, si alguien conocía tal cosa, etcétera. Lo conversábamos mucho porque en paralelo a todo igual estabai’ viviendo esas cosas... o te gustaba alguien o había pasado algo con alguien o si no había pasado nada con

12 Como los casos de Montoneros y del PRT-ERP. Al respecto, ver Oberti, A. (2015). *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: EDHASA.

nadie, también al lado de todo lo demás... efervescencia por todos lados”. (Entrevista a Chica, septiembre de 2020).

Julieta coincide con ello, pero en su caso tuvo gran y especial incidencia su militancia política, puesto que para el MJL la reivindicación de la sexualidad como un derecho fue de sus principales características, aunque ello les valió la crítica de sus pares de izquierda y el desdén de sectores de derecha. Señala:

“En la media se tocaba hartito el tema de la sexualidad... y luego, cuando entré al Lautaro, claro, se hablaba de felicidad y del sexo... y por ejemplo, el sexo nuestro que llamábamos, era algo para todos por igual, no era como ‘ay no, es que nosotros los hombres’ (...) y lo encontré bacán porque te llenaba espacios de preguntas, te daba respuestas, te nutría... aunque pa’ toda la izquierda clásica éramos pendejos locos, casi jugando, más encima hablando de sexo en el cartuchismo de la época (...) pero yo veía que eran temas que nos llegaban hartito a nosotros. ¡Si era obvio! Estai’ en una edad que está todo pasando y supongo que eso también hizo al Lautaro más atractivo pa’ muchos cabros en la media, ahí creció hartito...” (Entrevista a *Julieta*, septiembre de 2020).

Añadiendo otros elementos, *Emilia* reflexiona:

“En esto de reivindicar todos los derechos, inclusive el sexo, nos miran súper feo a todos como Lautaro, digamos: ‘todas las cabras del Lautaro son medio putas y todos los cabros calientes’. Y esto pasó claro, en la izquierda en general, pero en los secundarios también, aunque estuviéramos todos en la misma, en la lucha, en edades, en tu desarrollo sexual (...) una cosa como sociedad medio mojigata, sobre todo en esa época. (Entrevista a *Emilia*, diciembre de 2020).

Claudia llegó al Liceo N°12 solo para su último año de enseñanza media, tras haber vivido en el exilio junto a su familia. Recuerda ciertas acciones durante su paso por el MES y su vinculación con una brigada secundaria lautarina, señalando:

“Cuando salió la consigna del sexo nuestro, pegó hartito. En ese marco se hicieron algunas farmacias, se recuperaron condones, pastillas anticonceptivas y me acuerdo que eso se repartía en varias partes... poblas, algunas universidades, pocas... ¡y en la media, por supuesto! Es que mira, tenís, no sé, veinte cabros, adolescentes, que están empezando toda su vida sexual ¡iba a pegar bien! Yo veía que era súper necesario, si la actividad sexual la iban

a empezar igual, nosotros les ofrecimos nomás los condones y las pastillas pa' que fuera algo seguro..." (Entrevista a *Claudia*, octubre de 2020).

En el caso de las y los jóvenes que ingresaron al MJL desde el espacio secundario, existió una profundización sobre estos tópicos debido a la propuesta lautarina, que no carecía de contenido como otras organizaciones especulaban. *David* recuerda:

"...como Lautaro nos miraban todos muy raro porque reivindicamos el sexo como un derecho, el sexo nuestro. Recuperar la sexualidad como un derecho. Sexualidad segura. Sobre todo en los secundarios, ahí empezamos con los condones súper tempranamente. Estabai' en pleno despertar sexual también y todo esto era parte de nuestra cultura política. No solamente gozadora, sino 'puta, nos cagan porque somos jóvenes, nos acostamos, quedamos embarazados, tenemos que ir a trabajar y cagó nuestra vida'. Somos reproductores también y eso al capitalismo le conviene. Entonces, decíamos 'no es malo tener sexo, pero protegido'" (Entrevista a *David*, julio de 2020).

La politización de lo cotidiano alcanzó la dimensión privada de las y los jóvenes, con temáticas que tocaban de cerca su realidad diaria y que otorgaron ciertas herramientas para su desenvolvimiento, aun sin poner en tensión las propias dinámicas morales y de género estipuladas por el contexto de la época. Así es como el mundo privado de los jóvenes militantes también se vio forzado a cumplir con los cánones que la sociedad en general y el mundo de la izquierda en particular les asignaba, a través de las expectativas de género que hemos visto. Pero incluso en espacios en que se pudo potenciar la reflexión, sin duda las condiciones externas fueron determinantes. Por ejemplo, un tanto erráticamente, *Chica* recuerda:

"Yo creo que no era un espacio que permitiera mucho hablar de temas como la homosexualidad... yo me he enterado ahora de vieja, de cabros que en ese tiempo nunca lo reconocieron y que son abiertamente gays (...) yo pensaría que éramos abiertos de mente, así como que *si alguien hubiera puesto el tema, si uno lo hubiera tomado en serio se podría haber hablado, lo que pasa es que no se tocaban esos temas, era absolutamente negado, secreto (...) y en realidad, sí... también me acuerdo de un par de casos en mi colegio, de unas chicas que son lesbianas, pero en ese momento... pucha, es que pa' mí no estaba en mi constelación de temas. Sí... uno veía que lo pasaban mal, que estaban solas... lo miro pa' atrás y digo 'pucha, como uno nunca pensó en esto', pero es que no sé... no había espacio para hablar de estas cosas, por mucho que uno hablara cosas (...) después del '90 quizás vai' teniendo*

más tiempo como para mirarte hacia dentro... porque antes, en mi caso al menos, era vivir todo el día pendiente de que se acabara la dictadura. Coincidió eso con mi enseñanza media... terminé la media, a fines de los '80, entré en los '90 a estudiar Medicina y me centré en eso" (Entrevista a *Chica*, septiembre de 2020).

Julieta señala:

"A pesar de todo el discurso lautarino o de lo que habláramos en los espacios que tuvimos en la media, yo no me acuerdo de haber tenido un compañero declaradamente gay en esos años, por ejemplo, y hoy sabemos que sí había, ¡éramos tantos! Era muy posible que hubiera gays o lesbianas o no sé (...) pero en ese momento, eran otras las preocupaciones. Estar todo el día, todos los días porque cayera la dictadura, todos los días, tu vida en eso..." (Entrevista a *Julieta*, septiembre de 2020).

Aunque existen algunas investigaciones que rescatan algunos antecedentes sobre las formas de vivir la homosexualidad bajo la dictadura de Pinochet, este asunto soterrado chocó con una sociedad barrera que negaba y escondía tales situaciones. La socióloga Fernanda Carvajal (2019) señala:

"...durante los primeros años de la dictadura, comenzó a crearse en Santiago un incipiente mercado nocturno gay. Mientras la Quinta Cuatro y la discoteca Quásar (1980) reunían un público homosexual popular, el Bar Burbuja (1976) y la discoteca Fausto (1979) ubicadas en barrios acomodados, estaban dirigidas a un público homosexual de clase media-alta. Como apunte Gonzalo Salazar en su investigación sobre las prácticas de homoerotismo durante las décadas previas al Golpe de Estado: 'la dictadura cívico-militar (...) vio emerger un mundo homoerótico ligado a las *discoteques* a fines de los setenta, y que sólo a comienzos de los noventa comenzó a emerger lentamente hacia lo público. Entonces, para el sentido común es como si el homoerotismo no hubiera existido antes de esta última década'" (s/n).

Lo cierto es que de acuerdo con nuestra pesquisa y las entrevistas realizadas, espacios como los mencionados no formaron parte de las prácticas de sociabilidad de las y los jóvenes de la enseñanza media y por consecuencia, tampoco de su cotidianidad como tema de interés.

Finalmente, como reconocen las y los entrevistados, el contexto de la época no permitió la visibilización de estas situaciones que, probablemente, hubiesen tensionado mucho más los ámbitos de la lucha armada y la movilización social

contra la dictadura. Y es que sin duda, esta particular generación secundaria no hizo *tabula rasa* de los estímulos y condiciones socioculturales, permeando las configuraciones de género en la enseñanza media movilizadora, así como también en las juventudes políticas que allí se alojaron, incluso en los casos que se pudieran preciar de tener mayores aperturas ante un escenario de nuevas reivindicaciones politizadas desde la cotidianidad y lo privado.

Conclusiones

Hemos intentado delinear en este artículo algunas de las formas en que operaron las relaciones de género en el seno del MES, tanto en el espacio público como en el ámbito privado. En lo que hemos llamado como lo público o lo institucional, a partir de la propuesta de Luisa Dietrich, vemos cómo el discurso orgánico según correspondiera, relevaba el rol de la mujer, coincidiendo un tanto con la historia de género que mantiene la visión dual y casi antagónica sobre la opresión de la mujer. Desde estos márgenes, los testimonios que hemos recogido, dan cuenta de las tensiones en torno a las relaciones de género, que se materializaron alrededor de las dirigencias y distintos cargos jerárquicos tanto en el espacio secundario como en sus juventudes políticas. Incluso desde lo inherente del discurso, vemos cómo operaron las expectativas de roles de género sobre los jóvenes militantes que se enfrentaban a un estereotipo romantizado de hombre revolucionario, conformando un ideal autoimpuesto en relación con las condiciones externas y características del lugar y momento en cuestión. Entre muchos factores propios de la situación nacional, esto también incidió en las mínimas posibilidades de reflexionar críticamente ante una sexualidad que escapara de las barreras binarias, aun cuando la politización de lo cotidiano y de lo privado se moldeara a través de estos años en que además los propios tiempos de la adolescencia invitaban a ello.

Metodológicamente, es importante establecer el contexto de producción de estos testimonios orales, en especial, tras la fuerza que han tomado los feminismos durante los últimos años, no solo en Chile, sino a nivel global. Las y los entrevistados que hoy hacen relecturas de sus experiencias desde el género reconocen que durante la época no eran tales, puesto que tampoco se encontraban “por fuera” de la cultura país, ayudando de forma considerable a la comprensión del testimonio. Esto, porque la historia oral se sostiene en la subjetividad de los actores, la que también se va reconfigurando según la adquisición de nuevas experiencias que se articulan con las pasadas. Además, al no haber constituido el género un elemento de la discusión cotidiana de la enseñanza media movilizadora, resulta complejo encontrar fuentes que pongan estos tópicos en el tapete,

haciendo una vez más a la historia oral como una metodología idónea para estos fines.

La perspectiva de género nos invita a repensar las relaciones sociales y político-afectivas, a través del involucramiento en el ámbito privado de las vidas de las y los jóvenes secundarios protagonistas de estas líneas, incluso pudiendo llevarlo eventualmente a una arista comparada e integrada con sus símiles a nivel regional. Por lo general, sin caracterizarse por visiones disruptivas, en la práctica incipiente, estos vínculos se adentraron en asuntos sujetos a debate y que evidenciaban las dinámicas de estos vínculos. Así también, la subjetividad de las y los jóvenes que formaron parte de esta generación, vuelve a complejizar los relatos que han hegemonizado el proceso de resistencia que se levantó contra la dictadura durante la década de 1980, tanto en lo social como en lo político, en las calles, pero también en las trincheras armadas.

En este escenario, surgen elementos que nos permiten visitar a través de una perspectiva crítica los alcances observados, así como también las limitantes de estos proyectos político-revolucionarios y en qué categorías se tejieron las dinámicas por las que se desarrollaron sus prácticas y discursos.

La dimensión de género engloba ciertas características de un proceso activo y complejo de politización que respondió a los estímulos del momento, apropiando para sí determinados elementos, que nutrieron y agudizaron el ambiente, propiciando una respuesta como la de esta generación. Una que a corto andar definió y asumió sus roles protagónicos en la lucha contra la dictadura de Pinochet, pero también yendo por más y pensando en la construcción de un nuevo horizonte tras los diecisiete años de tiranía en Chile, para lo cual era menester replantear al menos el *hombre nuevo*. Sin embargo, esas reflexiones solo vendrían con las nuevas experiencias que enriquecerían sus procesos de politización, aquellas que llegarían cuando la caída de la movilización hacia fines de los '80 y el repliegue de la postdictadura les permitieran, finalmente, volcarse introspectivamente a esos aspectos personales eclipsados por el cometido revolucionario de sus vidas adolescentes.

Bibliografía

Álvarez, R. (2014). Las Juventudes Comunistas de Chile y el movimiento estudiantil secundario: un caso de radicalización política de masas en Chile (1983-1988). En Loyola, M. y Álvarez, R. (eds.), *Un trébol de cuatro hojas. Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX* (pp. 170-217). Santiago: Ariadna Ediciones.

Aróstegui, J. (2004). Retos de la memoria y trabajos de la Historia. En *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* (3): 5-36.

Azócar, J. (2016). *La rebelión de los pingüinos: apuntes para una historia del movimiento estudiantil secundario en dictadura*. Santiago: Ed. Memoria 80.

Carvajal, F. (2019). Pasados suspendidos. Estrategias represivas y tecnologías biopolíticas sobre las disidencias sexogenéricas durante la dictadura de Augusto Pinochet en Chile. En *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia*, Universidad Nacional de Rosario (N°27). Disponible en <https://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/366/478>.

Dietrich, L. (2014). “La “compañera política”: mujeres militantes y espacios de “agencia” en insurgencias latinoamericanas”. En *Revista Colombia Internacional* (N°80), 83-133.

Downs, L. (2003). De la historia de las mujeres a la historia del género. En Berger, S., Feldner, H. y Passmore, K. (eds.), *Escribir la historia. Teoría y práctica* (pp. 261-281). Londres: Arnold Publishers. Traducción original.

Guevara, E. (2011). *El socialismo y el hombre en Cuba*. La Habana: Ocean Sur.

Necoechea, G. (2013). El proceso de politización desde una perspectiva de historia oral: militantes de izquierda latinoamericanos, 1960-1990. En *Revista Tempos Históricos* (N°17), 162-182.

Noguera, A. (2019). *Revoltosas y revolucionarias. Mujeres y militancia en la Córdoba setentista*. Córdoba: Ed. UNC.

Oberti, A. (2015). *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: EDHASA.

Rojas, J. (2009). Los estudiantes secundarios durante la Unidad Popular, 1970-1973. En *Historia* (n°42), 471-503.

Ruiz, M. y Vidaurrázaga, T. (2020). Cuerpos para armar. Enfoques culturales para el análisis de las militancias revolucionarias del Cono Sur latinoamericano. En *Revista Izquierdas* (N°49), 3587-3607.

Fuentes

Basta, N°8, marzo-abril de 1980.

El Rodriguista, N°30, marzo de 1988.

Rebelión, N°13, diciembre de 1988.

Fuentes orales (en orden alfabético):

Entrevista a *Alicia*, julio de 2020.

Entrevista a *Chica*, septiembre de 2020.

Entrevista a *Claudia*, octubre de 2020.

Entrevista a *David*, julio de 2020.

Entrevista a *Emilia*, diciembre de 2020.

Entrevista a *Fernando*, junio de 2020.

Entrevista a *Julieta*, septiembre de 2020.

Entrevista a *Milico*, junio de 2020.

Entrevista a *Sergio*, julio de 2020.

Entrevista a *Tamara*, julio de 2020.

Entrevista a *Víctor*, junio de 2020.

Audiovisuales:

Bustos, P. y Leiva, J., (2004). *Actores secundarios*. 80 minutos.